

en el Senado el idolo de los agresores de César. No hubo César entrado en el tribunal, cuando le rodearon todos con achaque de negocios fingidos. No habian entrado ellos á perder tiempo, sino á quitársele á César y gozarle.

Habian excluido de la conjuracion á Marco Antonio, si bien era hombre en cuyo ardimiento ántes se cansaban los trabajos, que le cansaban : nacido á la guerra, bien afortunado en las armas, y por esto singularmente favorecido de César, que fué la primera causa de excluirle del trato y conspiracion. Sabian que Antonio fué causa de las inobediencias de César, cuando no quiso dejar las armas ; pues siendo tribuno de la plebe por las dádivas de Curio, no queriendo el Senado leer las cartas que César escribia por la prorogacion de su cargo, él osó leerlas concitando el pueblo. Y viendo que Lépedo y Caton refutaban las nuevas condiciones que se proponian por los amigos de César, se fué arrebatadamente con Quinto Casio adonde estaba César, y con gritos sediciosos le exhortó á la tirania. Movióles asimismo á no darle parte el ser Marco Antonio temerario y ambicioso, amigo de novedades, asistido de malas y bajas costumbres, deshonesto con publicidad, bebedor con infamia de su juicio, compañero de rufianes y alcahuetes y bufones, protector de facinerosos y delincuentes, y todo su espíritu una poblacion de distraimientos y escándalos. Por esto no sólo recataron de él sus designios, mas con providencia trazaron que Trebonio este dia le entretuviese en palabras á la puerta, porque no entrase en el Senado. Y si bien todos fueron de parecer que con César debian dar muerte á Antonio, Marco Bruto lo contradijo severo, diciendo no convenia extender el cuchillo á otra vida que á la del tirano, porque no se difamase la accion con señas de guerra civil ó venganza. Esta fué la primera, sino la mayor necesidad del discurso de Bruto, pues ignoró que de las acciones violentas la calificacion está en la seguridad, y que esta la da ántes el extremo que el medio. Persuadióse que muerto César seguiria su partido Antonio, sin advertir que era mejor que siguiera á César en la muerte, que esperar que los siguiera en su opinion. Cierta era que pues ayudó á otro á usurpar la libertad de la patria, para lo propio no se desayudaria á sí mismo; y por esto fuera mas seguro matarle que detenerle.

TEXTO.

« Tenian cercado á César con achaque de negociar, y entre todos Tilio Cimbro le rogaba por un hermano suyo desterrado. Y por llegarse con buen color, valiéndose todos los otros de la ceremonia del ruego, pidiéndole lo propio le tocaban los piés y el pecho, le asian de las manos, y con besos le tapaban los ojos. César despidió la intercesion, y embarazado con las ceremonias, se levantó para librarse de ellas por fuerza. Entónces Tilio Cimbro con las dos manos le quitó la toga de los hombros, y Casca, que estaba á sus espaldas, sacando un puñal, el primero le dió en un hombro una herida pequeña. Y asiéndole de la empuñadura César, exclamando con alta voz, dijo en latin: *Malvado Casca, ¿ qué haces ?* Mas en el griego pidió á su hermano que le socorriese. Y como ya fuesen muchos los que le acometian á César, y mirando á todas partes para defenderse, viendo que Bruto desnudaba la espada contra él, soltó la mano y el puñal de Casca, que tenia asida; y cubriéndose la cabeza con la toga, dejó su cuerpo libre á los homicidas que, turbados, arrojándose unos sobre otros á herir á César y acabarle, á sí propios se herian. Y Bruto, dándole una herida, fué herido de sus propios compañeros en una mano, y todos quedaron manchados de la sangre de César, y César de alguna de ellos. »

DISCURSO.

Los que para hacerle aborrecible le añadieron corona, dignidad y poder, para matarle le prendieron con la adoracion, le cercaron con las reverencias, y le cegaron con los besos. Mas homicidas fueron aquí los abrazos que los estoques. Debo decir que sin aquellos no lo supieran ser estos. Bien puede haber puñalada sin lisonja, mas pocas veces hay lisonja sin puñalada. Pocos tienen á la adulacion por arma ofensiva, y ménos son los que no la padecen. Es matador invisible á la guarda de los monarcas : éntrales la muerte por los oídos, envainada en palabras halagüenas. Las caricias en los palacios hacen traiciones y traidores; y cuando son ménos malas, son prólogos de la disimulacion. Tan desnuda anduviera la mentira

como la verdad, si la lisonja no la vistiera de todos colores. Es la tienda de todos los aparatos del engaño, de todos los trastos de la maldad. En ella halla espadas la ira, máscaras el enojo, caras la traicion, novedades el embeleco, disfraces la asechanza, joyas el soborno, galas y rebozos la ambicion, la maldad puestos, y la infamia caudal. Humillábanse estos á César para derribarle; llegábanse á él para apartarle de la vida; llevábanle en los abrazos las heridas, y en los besos la ceguera. Hallóse tarde embarazado; levantóse en pié para desviarlos por fuerza. Mal apartan de sí los principes el peligro doméstico: es fácil no ocasionarle; y ocasionado, es imposible el huirle. Determinarse tarde al remedio del daño, es daño sin remedio. En tanto que estuvo sentado, se le arrodillaron; en levantándose, se levantaron para derribarle. Quitóle Tilio Cimbro la toga de los hombros, y luego Casca el primero le dió por las espaldas la primera puñalada. Rey que se deja quitar la capa, da ánimo para que le quiten la vida. Los que cara á cara le desnudan, dan la señal á los que están detras para que le maten. Esta primera herida, que dice Plutarco que no fué de peligro, fué la mortal, con ser la primera, pues dió determinacion á las otras. Quien empieza á perder el respeto á los reyes, los acaba por todos los demas que le siguen. Es reo de lo que hace y de lo que hace que hagan. « Asíó César á Casca la mano con el puñal por la guarnicion, y con grande voz le dijo en latin: Malvado Casca, ¿ qué haces? » ¡ Oh ceguedad de los tiranos! Ven al que los desnuda delante, y al que los hiere detras, y preguntantes lo que hacen! Quien pregunta lo que padece, con razon padece, y sin remedio, lo que pregunta. No puede ser mayor ignorancia que preguntar uno lo que ve. Este es el riesgo de los monarcas, que ni conocen los matadores cuando los matan, ni la muerte estando muriéndose. Tiene César en la mano la empuñadura de la espada que le hirió, y la punta en la espalda, y pregunta gritando al homicida lo que hace, habiéndoselo dicho el golpe y la sangre. Achaque es de la majestad descuidada preguntar al que le destruye, y no creer al que le desengaña. Si los reyes preguntaran á sus heridas, y no á los que se las dan, tuvieran noticia de su defensa.

César volvió á mirarlos y vió que todos con las espadas des-

nudas juntos le embestian; mas, viendo que con el puñal desenvainado le acometia Marco Bruto, cubriéndose la cabeza con la toga, se dejó á la ira de los enemigos. Suetonio escribe que le dijo en griego: « ¿ Y tú entre estos? Y tú, hijo? » ¡ Qué mal atenta, y cuán desacordada es la hora postrera de los tiranos! Todos ó los mas acaban diciendo requiebros á quien los mata. ¿ Qué otra cosa puede suceder al que llega con su pecado hasta su muerte? Era Marco Bruto su pecado, hijo (así lo entendia César) de su adulterio; ¡ y admirase de que un hombre pariente de su delito esté entre los que le hieren, y llama hijo al que es cabeza de los conjurados contra él! Defendióle, como se ha visto, en la rota que dió á Pompeyo en Farsalia, llamóle á sí desde Larisa, abrazóle en llegando á su real, perdonó por él á Casio, dióle gobiernos, arrimóle á sí en el Senado; y espántase de que esté con los que él propio le juntó, y de verle donde le habia entrado! Mire el príncipe á quien acerca á sí y á quien se acostumbra; porque esto es en su mano, y no el remedio de esto.

Luego que vió á Bruto contra su persona, desamparó su defensa. En esto mostró buen conocimiento, aunque tardo, pues se dió por muerto sin remedio cuando vió armada contra sí á la ingratitude.

Cubrióse la cabeza: lo propio hizo Pompeyo cuando vió irremediable su muerte en la espada traidora de Achilas. Era esta una supersticion de los gentiles para que no viesen con las ansias naturales fea los enemigos su muerte. Llegaba el punto de su valentia hasta no querer que viese alguno los sentimientos forzosos del cuerpo ni los ademanes del fin de la vida.

Pondera Suetonio que cuando cayó, por caer decente se cubrió con la propia toga los piés. Advertencia para caer bien y para morir á oscuras, no es advertencia del juicio, sino circunstancia del yerro. Mejor es mirar por los piés para que no caigan, que dejarlos caer y mirar porque no se vean. Cubrirse de piés á cabeza con la toga, fué hacer la toga mortaja. Cuidar de menudencias para despues de muerto, y no de los riesgos para no morir, quiere ser piedad, y no sabe; quiere parecer advertencia, y no puede: pretendió ser recato honesto, y quedóse en melindre castigado.

TEXTO.

« Muerto César en la forma que hemos dicho, Bruto, poniéndose en medio de todos, por verlos turbados, intentó con razones detenerlos y quietarlos; mas no lo pudo conseguir; porque, despavoridos y temblando, huían, y en la puerta á la salida se atropellaban unos á otros sin orden, no siguiéndolos ni amenazándolos alguno. »

DISCURSO.

No hay cosa tan disimulada como el pecado. En la noche que le sobra, con que ciega sus fines, oscurece los sentidos y potencias de sus secuaces. Es lumbre de linterna, que turba y deslumbra á quien la mira y pone en ella los ojos; es luciérnaga, que, mirada de lejos, se juzga estrella, y acercándose y asiéndola, se halla gusano que se enciende en resplandor con la oscuridad, y se apaga con la luz. Todos estos engaños resplandecientes puso la culpa en ejecucion con Marco Bruto y con los conjurados. Acreditóles a determinacion, persuadióles el séquito, escogióles el lugar, dispúsoles la traicion, llególes la hora, entrególes á César, desnudó sus puñales, derramó la sangre y la vida del Príncipe, y callóles la turbacion que les guardaba por haberla derramado. Ninguno ve la cara de su pecado, que no se turbe. Por eso, cauteloso, no la descubre él cuando le intentan, sino cuando le han cometido. Para introducirse en la voluntad, que sólo quiere lo bueno, y lo malo debajo de razon de bueno, se pone caras equivocadas con las virtudes. Es el pecado grande representante : hace, con deleite de quien le oye, infinitas figuras y personajes, no siendo alguno de ellos. Es hijo y padre de la hipocresía, pues primero para ser pecado es hipócrita, y es hipócrita luego que es pecado. En el mismo instante que los conjurados empezaron á dar la muerte á César, se turbaron de suerte que por herirle se hirieron unos á otros. Sola esta (llamémosla así) justificacion tiene la culpa, que siempre reparte con los delinquentes el mal que les persuade que hagan á otro. Aquí se conoce que la pena del mal empieza del malo que le hace. Tanta sed tiene el cuchillo de la sangre del propio matador, como de la sangre del

que mata : bien pudiera decir que tiene mas sed y mas justa. Ellos determinaron de herir á César solo, y su delito determinó que se hiriesen ellos.

Viéndolos turbados y viéndose herido, quiso Bruto sosegarlos con razones y orar; mas, como el temor del pecado empiece ciego y acabe sordo, se halló sin oyentes; porque, atentas sus almas al razonamiento interior de sus conciencias, poseídas de horror, derramando frio temeroso en sus corazones, temblando, y con impetu desordenado por salir del Senado unos ántes que otros, se embarazaban en la puerta su propia fuga. Aquí se vió claramente la arquitectura engañosa de las fábricas de la maldad : tienen la entrada fácil, y la salida difícil; es muy embarazoso el bulto del pecado : éntrase con desahogo á pecar, y en pecando, se ahoga el hombre en las propias anchuras. Bien cabe el hombre por cualquiera entrada; mas el hombre en quien cabe el pecado, no cabe por ninguna salida. Grande arma ofensiva de los agraviados es la culpa de quien los agravió. Los que mataron á César, por matarle, unos á otros se hieren; por librarse, unos á otros se estorban; porque la muerte propia del difunto empezaba á pelear con ellos mismos contra ellos.

TEXTO.

« Arrastrados del miedo, con gran escándalo ensangrentados, y los puñales desnudos, huyeron todos, y Bruto con sus compañeros se retrajo al Capitolio. Marco Antonio, temeroso y mudándose el vestido, se escondió. En llegando al Capitolio los matadores, llamaron el pueblo á la libertad. Luego se concitaron grandes clamores, y los discursos diferentes confundieron la ciudad en tumulto suspenso. Mas luego que supieron no se había cometido otra muerte sino la de César, que no se saqueaba la ciudad, que la accion era sin venganza ni codicia, muchos de los populares y de los nobles y magistrados acudieron al Capitolio con alegría; y en viéndolos juntos, Marco Bruto oró con palabras blandas y eficaces, para calificar las causas de aquel hecho. Y convencidos de sus palabras, todos con voces de aplauso le pidieron que saliese. Él, confiado en esta aprobacion y séquito, salió con todos, siguiéndole los de-

mas, no despojados de recelo; y acompañando grande cantidad de los mas principales de la ciudad (como en triunfo) á Bruto, desde el Capitolio le trajeron á los Rostros. El pueblo reverenció la presencia de Bruto, y en lo venerable de su aspecto detuvo el impetu, obediente á la inquietud de las novedades; y contra el orgullo natural de la multitud junta, oyeron su razonamiento con grande silencio. »

DISCURSO.

Grave delito es dar muerte á cualquier hombre; mas darla al Rey es maldad execrable, y traicion nefanda no sólo poner en él manos, sino hablar de su persona con poca reverencia, ó pensar de sus acciones con poco respeto. El rey bueno se ha de amar; el malo se ha de sufrir. Consiente Dios el tirano, siendo quien le puede castigar y deponer, ¿ y no le consentirá el vasallo, que debe obedecerle? No necesita el brazo de Dios de nuestros puñales para sus castigos, ni de nuestras manos para sus venganzas.

Huyeron estos homicidas al Capitolio por asegurarse, y entran en el Capitolio consigo en su delito su persecucion. La sangre de César, que llevaban en sus manos, les iba retando de traidora la de sus venas. Llamaron, para ampararse con buen nombre, al pueblo á la libertad, palabra siempre bienquista de la multitud licenciosa. Y Marco Bruto, conociendo por los semblantes de los que habian concurrido, que le hacian buena acogida, descubriéndose animoso, dijo :

ORACION PRIMERA DE BRUTO.

« Pueblo romano : Julio César es el muerto; yo soy el matador : la vida que le quité es la propia que él habia quitado á vuestra libertad : si en él fué delito tiranizar la república, en mí ha de ser hazaña el restituirla. En el Senado le di muerte, porque no diese muerte al Senado. Á manos de los senadores acabó; las leyes armadas le hicieron : sentencia fué, no conjuracion. César fué justiciado, y ninguno fué homicida. En este suceso sólo podrán ser delincuentes los que de vosotros nos juzgaren por delincuentes. Yo no retraje al Capitolio mi

vida, sino estas razones; porque, en habiéndolas oido, os agraviara si os temiera. »

Seguió estas palabras un largo aplauso de la gente, y con voces agradecidas le pidieron que se viniese con ellos á gozar por la ciudad las alabanzas que merecia. Fióse Marco Bruto de estas demostraciones, y fué acompañado de todos á los Rostros, donde ya habian concurrido en diferentes tumultos todos los ciudadanos de Roma. Parecióle era conveniente informarlos allí, con mas larga oracion, en esta manera :

ORACION SEGUNDA DE BRUTO.

« Ciudadanos de Roma : las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallas; y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Yo nunca fui enemigo de César, sino de sus designios; ántes tan favorito, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidoras de mi intencion la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas tambien afirmo que mereció la muerte, porque quiso ántes tomároslos con el poder de darlos, que merecerlos : por esto no lo he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que el mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, la obediencia á los padres. No lloré su vida, porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte á mi padre; y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traerlos estos dos sucesos á la memoria, para que veáis que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha : vivió César por vuestra ruina : matéle yo por vuestra li-

bertad. Si esto juzgáis por delito, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasion las heridas de César, recorred todos vuestras parentelas, y veréis cómo por él habéis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habéis manchado las campanas y calentado los puñales. Esto, que no puede estorbar y procuré defender, he castigado. Si me hacéis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdonéis; si premio, yo os le perdono. »

Serenó este razonamiento los ánimos de suerte que, fervorosos, pasaron de la ira al agradecimiento; y llamándole padre de la patria, pedían que á Bruto y á los suyos fuesen concedidos honores y dedicadas estatuas.

TEXTO.

« Si bien aplaudieron al decir de Bruto, presto mostraron que su discurso no habia agradado á todos; porque, como poco despues Cinna en público empezase á maldecir á César y á gritar oprobios contra él, acusándole con desvergüenza, se enfureció el pueblo, y arremetieron á despedazarle por insolente; y lo hicieron si no se ocultara en el concurso. Por este accidente temerosos, con Marco Bruto se volvieron á retirar al Capitolio los conjurados, adonde recelando Bruto que le sitiassen, despidió todos los que le seguian, porque con él y sus compañeros no padeciesen, siendo inocentes del hecho.

DISCURSO.

Ninguna accion á que atienden muchos, la aprueban todos; porque adonde asisten malos y buenos, no es posible la concordia y es forzosa la diferencia. Es violenta siempre la victoria, porque la da la mayor parte: vence el número, y no la

razon. Este riesgo tienen las juntas populares, que las convoca el primero grito, y las arrebatá cualquiera demostracion. En ellas tiene mas parte el que se adelanta, que quien se justifica.

Oyeron todos á Marco Bruto; y aunque no aprobaron todos su razonamiento, por haber sido modesto para el difunto y reverente para los oyentes, sin demasia ni oprobio del muerto, los apasionados de César, acallando su opinion con el silencio, siguieron á los que seguian el parecer de Bruto; mas luego que el imprudente y envilecido Cinna con abominables palabras empezó á deshorrar con oprobrios el cadáver de César, los que habian callado á Marco Bruto, con justo furor se declararon contra Cinna y los conjurados.

Era Cinna falsario de virtudes, hablador y embustero. Tenia su medra en la eminencia de las maldades: no tenia vergüenza sino de que otro fuese peor; y fué tal, que nunca pudo tener vergüenza. Su oficio era acusar á los buenos, sin perdonar á los malos: á aquellos, porque le eran contrarios; á estos, porque no le fuesen competidores. Su cobardía era infame; su envidia aun no tenia por límite la miseria, ni su venganza la muerte. No se defendía de ella el envidiado con dejar de ser, porque alimentaba su rabia en procurar (siendo imposible) que no hubiese sido.

En ninguna edad ni en algun suceso han faltado hombres de estas costumbres: dicenlo las desdichas y afrentas de las monarquias, que no sucedieran si ellos faltaran.

Honrar al amigo muerto es religion, y honrar al enemigo muerto religion y honra. Quien afrenta ó consiente que afrenten á su enemigo difunto, miserablemente se confiesa dichoso y infamemente cobarde, pues ni pudo vencer su vida valiente ni su muerte disimulado. El que llora y alaba á su enemigo ya difunto, muestra mañoso que si no le pudo vencer, esperaba vencerle; que le padecía constante, y no le temia rendido. ¡Oh cuántas calamidades han irritado aplausos mujerieles en la muerte de los enemigos introducidos por los invencioneros del miedo, que, pobres de valor, por divulgar victorias granjean castigos!

No sintió el pueblo romano que matasen á César, y sintió que muerto dijese mal de él. Tenia el pueblo romano honra, y no permitía á los que no la tenian. ¡Oh providencia ines-

crutable de Dios, que sólo hiciese las partes de César quien solo le afrentaba; y que los oprobrios le grajearan séquito, y sus propias afrentas fuesen venganza de sus heridas!

TEXTO.

« Pero convocado el Senado otro dia despues en el templo de la Tierra, como Antonio y Planco y Ciceron tratasen del olvido y concordia de todo lo que habia pasado, no sólo decretaron que fuesen los homicidas absueltos, sino que los cónsules tratasen de honrarlos. Con esta determinacion se disolvió el Senado. Marco Antonio envió su hijo al Capitolio, y trajo consigo á Bruto y á sus compañeros, á quien cuantos encontraron en el camino abrazaron, y con grandes demostraciones de contento y amistad los acompañaron, Antonio llevó á Casio á cenar consigo, y Lépido á Bruto, y á los demas aquellos que les eran familiares y apasionados. En amaneciendo se juntó el Senado, y lo primero agradeció á Antonio el haber sosegado el principio de guerras civiles, y luego les repartieron las provincias. Creta se dió á Bruto, África á Casio, Asia á Trebonio, Bithinia á Cimbro, la Galia Circumpadana á Décimo Bruto. »

DISCURSO.

¿ Á quién no será escándalo que tuviese mas cortés caridad con el Principe el pueblo que el Senado? ¿ Á qué principe no será amenaza este ejemplo, si no le fuere escarmiento? Los conjurados empezaron á matar á César, y acabáronle de matar los que les premiaron su muerte. No consintió la plebe las injurias del difunto, y premiáronlas con provincias los padres. En pocas muertes de los emperadores de Roma dejó de ser cómplice el Senado. Santas son las leyes eseritas; provechosas son estudiadas; padre de los monarcas es el consejo, y aquí fué padrastra, porque la presuncion del que sabe, fácilmente compite al que enseña, y desprecia al que le obedece. Y porque solo el Principe es mas poderoso que el Senado, miró el Senado al Principe como á estorbo de ser solamente poderoso. No le quedó qué sujetar sino su grandeza, y por eso se persuadió fácilmente á sujetarla.

Viendo Planco y Antonio y Ciceron que no podian resucitar á César, y que, siendo el Senado autor de su muerte, el pueblo no la contradecia, bien advertidos, por agradar á los senadores acreditaron la accion, y por asegurarse de los conjurados propusieron que se les debian dar premios. Fué fácil persuadir al Senado á lo que estaba persuadido; porque los hombres raras veces hallan inconveniente en consultar aquellas honras de que son partícipes. Ninguno es defensor de la muerte que le hace heredero, porque el interes es consuelo de los ambiciosos, y lo propio que deja persuade á que le dejen.

Era el intento de Ciceron favorecer al heredero de César; el de Marco Antonio favorecerse á si. Considerando, como amigo de novedades, que en las grandes mudanzas de las repúblicas está fácil la ocasion á las determinaciones violentas, uno y otro ceden á su designio por lograrle. Pónense de parte de los conjurados, para poderlos divertir del castigo que les disponian; disfrazan sus pensamientos con el aplauso, y dan lugar al impetu y á la novedad, porque no pueda ser descifrado su impetu; y uno de otro se recataba con lo mismo en que convenian.

Luego repartieron entre si las provincias; que fué repartirse entre sí la tiranía que habian castigado en César. No quitaron la tiranía, sino mudáronla. Mal se asegura la vida de uno, cuando en su muerte está la medra de muchos. Si los hijos tienen por mayor beneficio en los padres el morir para que los hereden, que el engendrarlos para que sean hijos, ¿ qué prerogativa podrá asegurarse en los principes?

Mas recibió de César Marco Bruto que valia la provincia de Creta; mas hay vanidad en la traicion. Quiere mas el ladron poco que toma, que mucho que le den. El robo que saquea las repúblicas es aquel que, hipócrita de la codicia, llama desinteres el no recibir de otro, y limpieza el tomarlo todo. No tomar del que puede dar, por tomarle el poder, para tomarse lo que puisieren, y no pedir, es, con buen nombre, escalamiento del poder.

TEXTO.

« Como se tratase entónces del testamento de César y de su entierro, Antonio pedia que se leyese en público, y que el

cuerpo no se sepultase oculta ni ignominiosamente, porque el pueblo alborotado no se irritase mas. Casio ásperamente lo contradijo. Empero Marco Bruto fué del parecer de Antonio, y aprobó la pompa del entierro público, y que el testamento de César en público se leyese. En este parecer volvió engañado á vacilar el juicio de Bruto : error segundo, y no menor que lo fué el haber perdonado la vida á Marco Antonio. Leyóse el testamento de César en público : mandaba en él que su tesoro se repartiase en dar á cada ciudadano de Roma trescientos sestercios, y que asimismo les repartiessen los huertos, granjas y heredades que tenia de la otra parte del Tibre. En oyendo estas mandas, todo el pueblo se encendió en increíble amor y compasion de César. Y por lograr esta ocasion que le daba el testamento leído, viendo entrar el entierro, Marco Antonio oró en alabanza de César ; y como viese al pueblo vencido y granjeado de su oracion, para crecer con la lástima su piedad, alargando el brazo, cogió la vestidura de César, y desdoblándola ensangrentada y hecha pedazos cruelmente con las heridas, la enseñó al pueblo. Con esto se desordenó de manera el sentimiento, que no se oian sino llantos y voces, pidiendo á los matadores para despedazarlos. Corrieron luego, y asiendo de las cátedras, mesas y sillas, las arrojaron en la hoguera donde el cuerpo de César ardia, sin perdonar cosa alguna por rica ni por sagrada. Y luego que la llama resplandeció, unos por una parte y otros por otra asieron tizonas encendidos, y con ellos corrian á poner fuego á las casas de los que habian muerto á César ; mas ellos, previniendo el peligro, huyeron.

DISCURSO.

Cuán amiga es de vestirse de nuevo la voluntad del vulgo, bien se conoce en determinaciones tan contrarias : desnúdase de lo que se viste, porque su gala es vestirse para desnudarse.

Tenian los conjurados, no sólo seguridad y aprobacion del Senado, sino premio. Cuando Marco Antonio, advertido de la justificacion afectada en que Marco Bruto acreditaba el homicidio, propuso dos cosas de tan buen color, como que el testamento de César se leyese en publico, y que fuese enterrado con solemnidad, Casio lo contradijo furioso, como hombre que

habia propuesto el dar la muerte á Marco Antonio, cuya era esta propuesta, y por esto la condenaba y por honesta. Sabia que un delito, si no se disculpa con otro, no se asegura ; que el malhechor considerado padece el castigo, y que el temerario, si bien le merece, le dilata. Decia que el malo que para disculparse daba lugar á alguna virtud, se entregaba al juez que le seguia y á su condenacion ; que un vicio con otro era hermandad, y una culpa con una virtud era discordia. Al contrario Marco Bruto, reverenciando por religiosa y decente la opinion de Antonio, porque no tuviese su homicidio malos y crueles resabios, la aprobó. Justa cosa es que al malo, que con su delito quiere difamar lo bueno de que se vale, engañe la misma virtud que profana.

Leyóse en alta voz el testamento de César, y las mandas en que todo su tesoro y posesiones repartia en los ciudadanos, y cómo adoptaba á Octaviano en primer lugar, y en segundo á Decimo Bruto.

Apénas reconoció el pueblo la liberalidad del difunto, cuando, granjeado con las dádivas que les hacia, determinaron de hacer pedazos á los matadores.

Es la liberalidad tan magnífica virtud en los monarcas, que el pueblo no sólo trueca á ella la libertad, sino que tambien al tirano liberal le aclama por príncipe justo ; y al príncipe, en todas las demas virtudes excelente, si es avariento le aborrece por tirano.

La justicia, y la clemencia, y la valentía, y la honestidad y templanza son virtudes que el pueblo alaba pocas veces universalmente ; porque la venganza y la envidia, y las malas costumbres de los mas de los populares, desean al príncipe para otros cruel, para sus introducciones deshonesto, y para las atenciones de su maña cobarde, y para la licencia de sus delitos injusto. Empero la liberalidad, de que todos participan, la alaban todos : los buenos por premio, los malos por paga. La liberalidad sazona todas las acciones del príncipe : es realce de lo bueno y disculpa de lo malo ; absuelve las acusaciones en su vida, granjea las lágrimas en su muerte. Al príncipe justo, honesto y valiente, si le sucede otro que lo sea, no lo echan ménos. Al príncipe liberal le echan ménos siempre, porque las necesidades presentes acuerdan de las que socorrió el ante-

cesor, y las socorridas se adelantan á las que puede socorrer el que reina.

Sabía Marco Antonio, como intimo amigo y confidente de César, que dejaba esta cláusula en su testamento, y por eso pidió que se leyese y le hizo leer en público; y sabía que, en oyéndola el pueblo, había de aclamar á César muerto, y dar muerte á los que le mataron. Sucedió de la misma suerte que lo había pensado, pues á las postreras palabras de la cláusula siguió un alarido universal y doloroso que lo confundió todo en sentimiento y amenazas enfurecidas. Mejor supo gobernar Agripina su maldad, cuando fiándola de la conciencia de Jenofonte, médico, que al veneno clemente dió por antídoto otro veneno mortal á Claudio, emperador, no consintió se leyese su testamento, con que aseguró la majestad en Neron Así lo refiere Tácito, *Ann. lib. 12, § 67.*

Entró en esto el cuerpo de César con grande majestad y pompa, para ser abrasado conforme la costumbre de aquella gentilidad, que tuvo por mas decente y aliñada sepultura la hambre del fuego, que la corrupcion de la tierra.

Luego que le vió en el sitio de la hoguera Marco Antonio, desde lugar eminente dijo :

ORACION DE MARCO ANTONIO.

« Hoy no es día de hablar de Julio César, sino de enseñarle. Mejor os informarán vuestros ojos de sus heridas que mi lengua. Oid á su cuerpo; que sus crueles puñaladas tienen voz, y os persuadirán mejor, abiertas con los puñales de sus parientes, que mi boca cerrada con los suspiros y anegada con el llanto. Sus virtudes fueron las que merecieron tan grande envidia, y con esto digo cuán grandes fueron. Su valentia tan generosa, que para su muerte no dió lugar sino á la traicion de su hijo y de sus mas favorecidos amigos. Sus armas tan justificadas, que si se ha de estar al parecer del cielo, los dioses (contra todos sus enemigos) con el suceso las aprobaron. Sus hazañas son toda la gloria vuestra y de esta ciudad, cabeza del mundo. Si Pompeyo venciera á César mataran á Pompeyo; y á César le mataron porque venció. Dedicaron estatuas á la desdicha de aquel, y puñaladas á la victoria de este. No pretendió quitaros la li-

bertad, sino aliviáros la del den.inio molesto de muchos padres, con el moderado de un hijo solo. No le mataron porque era tirano, sino porque estorbaba que lo fuesen ellos. Ayer le dieron la muerte, y hoy los matadores se han dado á sí las provincias. Despedazaron al que las ganó para vosotros, y repartiéronlas entre sí por premio de haberle muerto, haciendo precio de un homicidio tan alevoso los triunfos esclarecidos de vuestro capitán. ¿Cómo podía querer usurparos lo que tenéis, quien, como habéis oido en su testamento, os dejaba á todos todo lo que tenia, y que si pudiera hablar, por el amor que os tuvo, agradeciera á los traidores su muerte, por haber acelerado con ella, en el cumplimiento del testamento suyo, vuestro socorro? Herederos de César sois: ahí tenéis su hacienda, present tenéis su cuerpo, y sus homicidas. Á vosotros toca repartir el fuego, de suerte que juntamente le consuma difunto, y le venga agraviado. »

Y viendo Antonio con estas palabras precipitada la ciudad á las honras del difunto y al castigo de los malhechores, sacando la vestidura de César, que traia consigo, llena de sangre y horrible con las muchas heridas, descogiéndola al pueblo, añadió tales razones :

« Esta es la toga que en César fué venerable, y en mis manos es horror escandaloso: en ella sus venas, que fueron aclamacion del mundo, son manchas: no permitáis que se pasen á vuestra honra. »

No lo hubo dicho, cuando echando en la hoguera las cátedras, y las sillas de los templos y de los tribunales, y cuanto hallaron precioso, la encendieron; y luego que emprendió la llama, tomando tizones y maderos encendidos della, con furia popular corrieron á poner fuego á las casas de los conjurados. ¡ Oh suma justicia de Dios, desvelada y atenta, pues ordenó y dispuso que con una propia lumbre ardiesen el cuerpo de César y las casas de los que le mataron! En un propio día fueron piadosos y justicieros los tizones, y la llama enterró á César y le vengó; porque la maldad nunca encendió fuego contra otro, que no arrojase parte del incendio para sí.

TEXTO.

« Viendo Marco Bruto y los conjurados tan cercano su peligro, huyeron del alboroto que habia causado Antonio, y recogieron en Ancio para aguardar que se resfriase el hervor del pueblo: lo que esperaban de la mudanza de la multitud, fácil y novelera, teniendo ellos de su parte al Senado, el cual castigó á los que sólo por el nombre mataron sin culpa á Cinna, un poeta amigo de César, entendiendo era el otro Cinna que habia dicho mal de él; y asimismo habia preso á los que habian ido á quemarles sus casas. Animábalos el saber que ya el pueblo, temiendo la tiranía que pretendia establecer Marco Antonio, deseaba á Bruto; mas él, sabiendo que los soldados viejos, á quien César habia dado sus heredades, le buscaban en diferentes tropas disimuladas para matarle, se detuvo. Turbóle tambien la nueva venida de Octavio á la ciudad. Á este llamaba hijo en su testamento, y le dejaba por heredero. Cuando mataron á César estudiaba en Apolonia; luego que supo su muerte, se vino á Roma, y tomando el nombre de César, para obligar al pueblo con la memoria de su padre, juntó á sí con dádivas y pagas los veteranos. Y como Ciceron, movido de la enemistad que tenia con Marco Antonio, favoreciese las partes de Julio César en Octavio su heredero, Bruto le escribió una carta, disuadiéndole de establecer monarquía con la sucesion. Pero como ya en la ciudad unos siguiesen las partes de Octavio, otros las de Marco Antonio, y los ejércitos venales corriesen á juntarse, como á voz de pregonero, donde los llamaba mejor paga, — desesperando de la república, determinó Marco Bruto huir de Italia; y por Lucania, á pié, se fué al mar de Elea. »

DISCURSO.

Aun en el nombre es peligroso comunicar con los malos, y hasta en el nombre es útil comunicar con los buenos. Por llamarse aquel poeta amigo y apasionado de César, Cinna, como el maldiciente que dijo mal de César, sin otra culpa que la equivocacion del nombre, murió despedazado del furor del pueblo.

Y Octavio se llamó César, por ser nombre de Julio, y esto le granjeó el amor, el séquito, las armas y la ciudad.

Con obstinacion asistió el Senado á la defensa de los homicidas, pues castigó á los que dieron muerte al inocente Cinna, y prendió á los que con los tizonos los fueron á quemar las casas. Este favor les engañó la confianza; mas desmayaron en sabiendo la venida de Octavio, y la asistencia y amparo que su persona tenia en Ciceron. Bruto cuando no pudo personalmente oponerse á esto, escribió á Ciceron esta carta:

CARTA DE BRUTO Á CICERON.

« He sabido que por oponerte á la tiranía que Antonio pretende para sí, la procuras para Octavio, heredero, que adoptó César. Esto, Ciceron, no es oponerte al tirano, sino hacerle. No aborreces el imperio, sino el emperador. Contradices el dominio á Marco Antonio, porque le aborreces, no porque aborreces el dominio. De peor consecuencia es dársele á Octavio, que dejársele á Antonio, cuanto es peor continuar por herencia y sucesion la tiranía, que empezarla por violencia; pues esta siempre se oye delincuente, y aquella ya descende con buen nombre. Si te mueven las virtudes y blandura de Octavio, acuérdate que nuestros pasados con nombre de señores nunca quisieron servir á los buenos. Teme que no con aquellas costumbres que se merece reinar se reina; y que igualmente se pierde la libertad debajo del buen principe como del malo. ¿Qué haces de las causas por que excluyes á Marco Antonio de la corona, si á ella admities á Octavio? Si dices que no hay otro medio de excluir á Antonio, ese no es medio, sino achaque para vengarte de él con quitarle la tiranía de Roma, y de Roma con dársela al sucesor de César; y es feamente negociacion interesada. Advierte, oh Ciceron, tu yerro: qué dejas de ser traidor á tu patria en Antonio, por serlo en Octavio; y que se conocerá que tu ambicion y desorden excede á la de entrambos, pues quieres se conozca puedes quitar el imperio y darle, porque reconociéndole de tí el emperador, te sea, si no agradecido, sujeto; si no vasallo, hechura; y puede ser padezcas las quejas del depuesto, y que no cobres el reconocimiento del colocado. Yo tengo por culpa darte

consejo en lo que te le debia pedir : juzga lo que será en tí no recibir el que debias dar. »

Leyó Ciceron este papel; mas no dió lugar á que Ciceron le considerase y obedeciese, el ruido de las parcialidades que habían ya mezclado Octavio y Antonio. Remitieron los dos su poder á la negociacion del dinero, y compraban ejércitos y ciudades. Marco Bruto, que vió en poder del interes las armas, y remitida á las armas la razon, desesperó de remedio ; y desterrándose de Italia, fué á esperar en Elea las diligencias del tiempo y la medicina de los dias.

Dos cosas son dignas, en esta primera parte de mi historia, de consideracion. La primera la astucia de la maldad de Marco Antonio, y la torpeza de la bondad de Marco Bruto ; y la segunda, saber cuáles fueron las causas por qué, contrastado por Junio Bruto Tarquino que reinaba, se siguió la libertad de la república que se pretendia ; y contrastado Julio César que aun no habia empezado á reinar, por Marco Bruto, no sólo no se continuó la libertad de que se gozaba, sino que antes se estableció el dominio que se temia.

Á lo primero digo que Marco Antonio sabia ejecutar bien lo que pensaba mal, y Marco Bruto ejecutaba mal lo que pensaba bien. Bruto pretendia para otros ; Antonio para sí. Aquel se fió en el Senado; este en nadie. Bruto, por no cometer maldad, no mató ni consintió matar á Antonio, y permitió leer el testamento de César y enterrar su cuerpo con solemnidad pública. Antonio, porque no hubiese alguna malfiad que dejase de cometer, incitó á César á la inobediencia, y le hizo aborrecible poniéndole coronas en la cabeza en los juegos, como se lee en su vida ; le ayudó en su postrera determinacion, por tener que acusarle ; se escondió en su muerte, para poder engañar los conjurados ; los sacó del Capitolio para venderlos; engañólos á ellos, y al pueblo, y al Senado, y al propio César muerto, pues oró en su defensa, y con su toga concitó el pueblo contra los matadores, y luego se levantó contra César y contra su heredero, declarando las traiciones de su intencion. Y al fin Antonio prevaleció contra Bruto, porque supo ser malo con extremo, y Bruto se perdió, porque quiso ser malo con templanza.

En el segundo punto discurrió doctamente uno de los mayores ingenios de Italia. Dejo de traducirle, no porque deses-

timo su discurso, sino porque la vida que escribo me dicta diferentes causas.

La primera fueron las costumbres de Tarquino, llamado por sus maldades el Soberbio. En la primera década libro 1.º, las escribió Tito Livio : para que se lean las hago españolas.

« Empezó á reinar Tarquino, á quien llamaron sus hechos Soberbio. Negó la sepultura á su suegro ; mató á los mejores de los padres, sólo porque favorecieron á Servio. Y pareciéndole que de él podian aprender á usurpar el reino con violencia, se cercó de gente armada. Ni para el derecho del reino tenia otra cosa sino la fuerza, pues no reinaba por eleccion del pueblo ni por voluntad de los padres. Á esto se llegaba que, desesperando de la caridad de los ciudadanos, le era forzoso defenderse con el miedo ; y para que le temiesen todos, el conocimiento de las causas de muerte determinaba por sí solo, sin consejos, y por esto podia dar muerte, desterrar, quitar las haciendas no sólo á los sospechosos, y á los que aborrecia, sino á aquellos en quien no habia otra causa sino tener qué les pudiese quitar. Desta manera, diminuido el número de los padres determinó no elegir en su lugar otros, para que en la poquedad fuese mas despreciado el órden senatorio, y sintiesen ménos el no poder hacer algo por sí. Este fué el primero que el órden antiguo establecido por los pasados, de no hacer nada sin consulta del Senado, lo anuló, administrando la república con domésticos consejos. La guerra, la paz, las confederaciones, las amistades las hacia por sí con las personas que queria, sin voluntad del pueblo ni del Senado. »

Hasta aquí son palabras de Livio, fielmente y á la letra traducidas. Costumbres fueron estas que, como no puede ser tirano el que no las tuviere, ninguno las tendrá que no sea tirano.

Sea pues evidencia, no discurso, que Tarquino que las tuvo, fué tirano ; y Julio César, que no sólo no las tuvo todas ni alguna de ellas, sino que siguió en justicia y amor las contrarias, no lo fué ; ántes príncipe valeroso, clemente y liberal. Y de la diferencia y contrariedad de los dos sujetos, forzosamente se sigue que Tarquino mereció por sus delitos perder el reino que habia heredado ; y Julio César perpetuar por sus virtudes en sus sucesores el imperio que no tenia.